

Las declaraciones de guerra.

¿Qué pasó entre el 28 de junio y el 28 de julio de 1914?

El 28 de junio, el heredero del trono austro-húngaro, archiduque Francisco Fernando, y su esposa, la duquesa de Hohenberg, fueron asesinados durante una visita a Sarajevo. La reacción de la Corte vienesa fue fulminante en la denuncia de Serbia como inductora del crimen. Algunos historiadores ven en este atentado un intento del nacionalismo serbio de eliminar el peligro que representaba un futuro emperador que mostraba comprensión hacia la *solución ilirista* (creación de una unidad política eslava dentro del Imperio austro-húngaro). El autor material del atentado, Gavrilo Princip, y sus cómplices, eran bosnios de religión ortodoxa, que actuaban en connivencia con la Mano Negra, la organización terrorista amparada por círculos oficiales serbios. Sin embargo, el Gobierno de Belgrado no estaba implicado en el hecho. Incluso el primer ministro, Pasic, alarmado por algunos rumores, había desaconsejado la visita del archiduque a la capital bosnia.

En Viena, el "partido de la guerra", encabezado por el canciller austriaco, Karl von Stürgkh, y el ministro de Asuntos Exteriores, conde Berchtold, decidió aprovechar la ocasión que les brindaba el magnicidio, pese a que carecía de pruebas contra Belgrado. El día 5 de julio, Berchtold, se trasladó a Berlín y obtuvo la conformidad del káiser Guillermo para actuar contra los serbios, en la creencia de que el temor a la reacción alemana ataría de manos a los rusos. El ultimátum entregado a Belgrado el día 23, exigía el final de las «campañas malsanas» contra Austria-Hungría, la deposición de los funcionarios responsables de su desarrollo, el cierre de determinadas publicaciones periódicas y la disolución de los grupos nacionalistas proserbios en territorio de la Monarquía Dual. Además, pretendía imponer la participación de funcionarios austro-húngaros en la comisión de encuesta sobre el atentado que había puesto en marcha Belgrado. El Ejecutivo serbio tenía un plazo de cuarenta y ocho horas para aceptar las condiciones del documento, pero estas eran tan humillantes que en Viena no cabía duda de que serían rechazadas.

Tras el ultimátum, la tensión internacional subió bruscamente. Londres, fiel a su línea conciliatoria, propuso la convocatoria de una conferencia de las cuatro potencias no implicadas en el

conflicto -Alemania, Italia, Francia y Gran Bretaña- que mediase entre rusos y austriacos. Pero ni San Petersburgo quería ceder en su apoyo a Serbia, ni Viena deseaba dejar escapar la oportunidad de ajustar cuentas con su vecino del sur. El 25 de julio, el Consejo Imperial ruso, presidido por el zar, decidió responder con las armas a una agresión austriaca contra Serbia. Poco después llegaba la contestación del Gobierno serbio al ultimátum: aceptaba todas las condiciones excepto la de admitir investigadores austriacos en su territorio. En su lugar proponía una mediación del Tribunal Internacional de la Haya. Una respuesta tan razonable era lo último que deseaba Viena que, dos días después, respondió con una declaración de guerra. El 29 de julio, la artillería austriaca bombardeaba Belgrado.

El zar Nicolás ordenó la inmediata movilización del ejército ruso. El Estado Mayor austriaco, animado por el apoyo incondicional de sus colegas alemanes, respondió con la misma medida, al tiempo que el canciller germano, Bethmann-Hollweg enviaba sendos ultimátums a rusos y franceses. A los primeros, para que detuvieran la movilización de sus tropas; a los segundos, para que permanecieran neutrales en caso de que estallara la guerra con Rusia. Pero las respuestas no llegaron y el 1 de agosto Alemania declaró la guerra al Imperio zarista. Cuarenta y ocho horas después, tomó la misma medida contra Francia. Ese mismo día, los alemanes invadieron Bélgica. El Reino Unido, que hasta entonces había buscado desactivar el conflicto, reaccionó al atropello de la neutralidad belga declarando, a su vez, la guerra a Alemania. La dramática cadena se amplió en los días siguientes. El 6 de agosto, Serbia entró en guerra contra Alemania, y Austria-Hungría del lado de Rusia. Y el 11 y el 12, respectivamente, Francia y Gran Bretaña declaraban la guerra a los austriacos. Para entonces, ya se combatía en Bélgica, en Prusia oriental, en los Cárpatos y en el Danubio. De esta forma, el atentado de Sarajevo, fruto de la tensión austro-serbia, había servido de detonador a un conflicto internacional que alcanzaría tales dimensiones que sus contemporáneos lo conocerían simplemente como la Gran Guerra.